

per hombre hacía chacota del "merecido desdén que inspira en nuestros días el método escolástico," (Nuevo Sistema de Lógica) tan cerrado para los paquidernos del positivismo como el libro de los siete sellos no tardó en avergonzarse de tamaño disparate, apartándose de la ruin compañía de Bulnes, cantó la palinodia y luego las alabanzas del por él ahora llamado "asombroso genio de santo Tomás de Aquino, y de la egregia legión de los escolásticos, presidida y regentada por el incomparable Doctor Angélico, honrado justamente en vida como sabio entre los sabios." (*Las Localizaciones Cerebrales y Psicología*)

## XII.—LOS MISIONEROS ESPAÑOLES Y LAS LENGUAS INDIGENAS

"Cuando llegaron los primeros misioneros españoles, se encontraron con aquella gran masa de gente inculta que en un día era preciso convertir y civilizar. Hoy se cuenta, dentro y fuera de casa, con grandísimo número de establecimientos y de profesores particulares para educar a los niños sucesivamente, conforme van llegando a edad proporcionada: entonces eran doce hombres para millones de niños y de adultos, que de concierto pedían luz, y luz que no podía negárseles, porque no se trataba únicamente de la cultura humana, que importantísima como es, no ocupa empero el primer lugar; sino de abrir los ojos a ciegos gentiles y hacerles tomar el camino recto para alcanzar la salvación de sus almas. Grave parecía desde luego el caso; pero más lo era realmente, porque los nuevos maestros no habían oído jamás la lengua de los discípulos. Conforme adelantaban en sus apostólicos trabajos descubrían con dolor que esta tierra estaba llena de lenguas diversas, de todas formas y estructuras, de las cuales no había intérpretes, ni maestros, ni libros." (*Icaz*.) Al norte de lo que es hoy México, se contaban nada menos que 500 distintos idiomas de los mil que hablaban los indios del Nuevo Mundo. (*Bureau of American Ethnology of the Smithsonian Institute*. Lt. 22 oct. 1916) Aun por el 1815, en la sola diócesis de Oaxaca, se hallaban, decía su obispo, el señor Antonio Bergosa, "20 idiomas bárbaros." (*Dcm*. I. 89) "Emprendieron los misioneros gigantesca lucha contra aquel monstruo de cien cabezas y le vencieron. Hoy el estudio de un grupo de lenguas, tal vez de una sola, levanta a las nubes la fama de un filólogo, que casi siempre encuentra andada, en trabajos anteriores, gran parte del camino; entonces, un solo misionero abarcaba cinco o seis de aquellas lenguas sin analogía, sin filiación común, sin alfabeto conocido, sin nada que facilitase la tarea. Hoy se hacen esos estudios, por la mayor parte en la tranquilidad y abrigo del gabinete: entonces en los campos, en los bosques, en los caminos, a cielo abierto, en medio de las fatigas del apostolado, del hambre, de la desnudez, de la vigilia." (*Icaz*.)

El grupo lingüístico de la literatura mexicana, tan envidiado por los sabios norteamericanos (*Spa*. p. 84), tan estimado y estudiado hoy en el extranjero, es uno de los que más honran a México, con todo y no conocerse sino parte mínima de unos escritos que son incontables y en gran parte perdidos (*Al*), o no se publicaron por carencia de fondos para costear los gastos de imprenta. En Stuttgart, Alemania, publicóse a todo costo en 1926, por vez primera, la única edición completa de la "Historia General de Nueva España" en náhuatl, por el fraile franciscano, Bernardino de Sahagún. Comprende el original y la traducción de éste, vertido al alemán por sabios de aquella nación. Es un hecho notable que no existen libros de esta clase cuyo autor no sea eclesiástico. (*Icaz*) "Todos están escritos, dice Payno, por frailes, por clérigos, por jesuitas." (*Ref*)

A pesar de no haber habido en 1524 un solo indio que supiera leer; 15 años después, 1539, el señor Zumárraga costeaba la impresión de un catecismo en español y en náhuatl, "para salvación de las almas de los indígenas," que fué el primer libro en lengua mexicana que en el Nuevo Mundo se publicó.

Cinco años después, en 1544 ordenaba se tradujera el catecismo de Fray Pedro de Córdoba, del español al idioma de los indígenas; "porque, decía él, hay muchos de éstos que saben leer."

En 1546, el señor Zumárraga costeó la impresión de la doctrina escrita por el insigne Fray Alonso de Molina, venido muy niño a México. "Dióse al estudio de la lengua que ya había aprendido en el trato con los indios. Fué el principal maestro e intérprete de los franciscanos, cuyo hábito recibió. y tuvo la fortuna de ver impresa y reimpressa una buena parte de sus obras; dos o tres Doctrinas, dos Confesionarios (reimpresos), y el gran Vocabulario Mexicano, que después de haberse impreso aquí en 1555 y 1571 ha visto de nuevo la luz pública, en admirable edición, el año de 1880, en Leipsic". (*Icaz*.)

"En la sola ciudad de México se imprimieron muchos libros en 12 diferentes lenguas indígenas." (*Spa*. p. 84) Después del siglo XVI, "durante casi dos siglos, continuó produciendo frutos el celo religioso, tanto en esas lenguas como en otras muchas," (*Icaz*) al paso que "en nuestra Historia, dice Lummis con no disimulada envidia, sólo podemos presentar la Biblia india de John Eliot." (*Spa*. p. 24)

### NOTA

(1) A este propósito dice Eliseo Reclus (*Los Primitivos*), refiriéndose a nuestros apaches: "Compréndase el embarazo del misionero exponiendo la doctrina de la Resurrección, en una lengua donde la idea de alma no tiene otro equivalente que la palabra tripa. Para hacer comprender a los salvajes que poseían un alma inmortal, estaba obligado a decirles que tenían en el vientre una tripa que no se pudría nunca. Les hacía contar hasta diez, pero no podía inculcarles el dogma de la Santísima Trinidad."

Respecto a los indios de California, quizá los más corrompidos y embrutecidos que se haya visto, inmensa fué la tarea de convertirlos, por carecer su idioma de palabras con que explicarles la doctrina cristiana. "Para todos es evidente que el idioma hablado por un pueblo sin religión, sin gobierno, sin pudor, sin indumentaria, sin hogar digno de ese nombre, y que en nada se ocupaba, de nada hablaba, y en nada pensaba que no fuera comer y seguir sus deseos libidinosos, había de ser forzosamente un idioma muy defectuoso." (*Eng*. II. 227)

En su afán por aprender el padre Kino los idiomas indios, refiérese cómo llegó a explicar el misterio de la Resurrección, cuyo término en la lengua india ignoraba. A unas moscas muertas aparentemente, las hizo revivir exponiéndolas al calor del sol. Admirados del suceso, los indios exclamaron: Ibimu huegite; y con éso dieron al Padre el término que buscaba. (*Ki*. p. 45)

XIII.—LA ANTIGUA UNIVERSIDAD MEXICANA DEPRIMIDA  
POR LA SAPIENCIA LIBERALES Y ELEVADA HASTA  
LAS NUBES POR SABIOS DE FAMA INTERNACIONAL.  
—LA CIVILIZACION ESPAÑOLA POSPUESTA A LA  
DE LA LLAMADA NACIONALIDAD AZTECA.

La labor educativa intensa a que se dedicaron los misioneros españoles, extendió de tal manera la instrucción en la Nueva España, que a los 27 años de abierta la primera escuela en el país, se hizo imperiosa la creación de un establecimiento de enseñanza superior, del que fué "iniciador el Sr. Zumárraga." (Vas.)

A 21 de septiembre de 1551, Carlos V ordenó la fundación de la Universidad de México, la primera de este continente, formalmente abierta el 25 de enero de 1553, y asignóle una renta anual de mil pesos de oro de minas, que se añadió al rédito producido por las estancias de ganado donadas por el Virrey Antonio de Mendoza.

Nació la Universidad mexicana un siglo antes que el colegio norteamericano de Harvard, que no llegó a impartir enseñanza Universitaria sino muy entrado el siglo XIX, ni aun tenía 100 alumnos cuando los de la Universidad de México pasaban ya de mil. (Dr. Walsh en Col. vol. 22 n. 4)

Tal fué el origen de aquel centro de cultura, fundado y dotado por aquellos monarcas que sólo pensaban, dicen los liberales, en extorcionar a sus súbditos y mantenerlos en el mayor embrutecimiento, asnería que los pobres trompetas de maestros laicos, a guisa de ciencia histórica empujan en las tragaderas de sus compadecidos escolares, de orden de aquellos fracasados ministros de Instrucción, ¿y qué instrucción?

Lo mucho y bueno que nos queda por decir, sirva pues de tapaboca a tanto patán liberal, harto de ajos y ayunos de sindéresis que la tira de ilustrado y llora a moco tendido la desaparición de la decantada "cultura azteca;" sea éste Benito Juárez; o Porfirio Díaz; o los maestros Ciruelas, Miguel Galindo y Gustavo Baz, a quienes venimos festejando; o bien ese monumento de justicia, Venustiano Carranza; o finalmente el hinchado y gongorino Justo Sierra, tan elogiado entre la pelambre liberal, quien soltó la patochada de que, "durante el virreinato, en las escuelas no se enseñaba más que el catecismo de Ripalda," (Ti 8 en. 1907) disparate que trae en esta forma la positivista Enciclopedia Británica: "A los indios nada se les enseñaba fuera de unas lecciones orales de catecismo," embuste que repite, cambiadas las palabras, otro ministro de Instrucción, Joaquín Baranda: "La incompleta educación que se daba a la juventud sólo se conseguía con grandes sacrificios; porque no convenía ponerla al alcance de todos... La enseñanza, a cargo del clero, se reducía a los conocimientos precisos para ordenarse o recibirse de abogado... Los únicos libros que se leían eran los caros que nos venían de España, refiriendo las hazañas de Carlos V y Felipe II... ¡Siempre la ciencia en el claustro y en el trono! ¿Por qué no la dejaron fraternizar con el pueblo mexicano? Un pueblo ignorante es más fácil de dominar que un pueblo ilustrado. Sin duda, esta reflexión influyó en el ánimo de los conquistadores para no vulgarizar las nociones científicas." (Bar. p. 14. 46)

La prueba de que desvaría aquel ministro de Instrucción, que de instrucción no tiene ni lo negro de la uña, está, dice Esquivel Obregón, en que "en México se tiene, y yo he sido testigo de aquello (Ob. p. 286), la ventaja incalculable para la educación del indio, de que nuestra población blanca, desde la época del go-

bierno español, se manifiesta enteramente dispuesta a aceptar al indio, cuando es culto, sobre un pie de perfecta igualdad, sin hacerle sentir superioridad ninguna de raza." Prueba de ello es el hecho digno de meditarse, de que desde la conquista la raza indígena, educada por los misioneros, daba maestros a la española en el colegio de Tlaltelolco, sin despertar celos en ella, dice Icazbalceta; y, andando el tiempo, indios y españoles eran admitidos en la Universidad, sobre un pie de perfecta igualdad, para que "fueran industriados en las cosas de la santa fe católica y en todas ciencias." Según gráfica expresión de Icazbalceta: "fueron los misioneros elemento aglutinante;" al paso que tras de tres siglos y medio, en 1915, el protestante Estado de Georgia daba pruebas de su incultura y prejuicios de raza, con prohibir se dedicasen los blancos a la educación así privada como pública de las gentes de color. A las varias prohibiciones de tomar parte en los comicios, viajar en coches donde hay blancos y residir junto a éstos en las ciudades, con que en los Estados Unidos se veja a las gentes de color, quisieron en 1919 unos miembros del Congreso de aquella nación que alardea de democrática, incapacitar a dichas gentes para alistarse en el ejército y en la marina, educarse en colegios militares o navales del gobierno, y contraer enlaces con la raza blanca: esta última prohibición, vigente en varios Estados.

La primera biblioteca pública de este continente la fundó la Universidad mexicana en 1761 (Cycl. 1760), y se componía de diez mil y tantos volúmenes. Tenía dos bibliotecarios doctores, y estaba abierta al público por mañana y tarde. (Icaz.)

Las cátedras de la Universidad, que desde su principio comprendían las de Filosofía, Teología, Retórica, Derecho canónico, Derecho romano y patrio, Matemáticas, Astronomía, Física, Medicina, fundadas las de mexicano y otomí en 1640, y la de Botánica a fines del siglo 18, llegaban a 24 al comenzar el siglo diecinueve.

Esto hizo decir a un sabio profesor inglés y del bando contrario, que "los sabios mexicanos realizaron adelantos notables en algunos ramos de las ciencias, en especial en Medicina y Cirujía, pero más particularmente en Lingüística, Historia y Antropología. Prueba imponente de su amor a la ciencia y de su actividad intelectual, son las obras que publicaron sobre esas materias," (Bourne) y el hecho elocuentísimo de que "en 1578, se daban cátedras de Medicina en su Universidad, en la que se había organizado, aun no finado aquel siglo, todo un cuerpo de doctores de esa facultad, siendo que en Harvard, América inglesa, no se abrió la primera escuela de Medicina sino sólo dos siglos después." (Wal) en 1782. (Tr. jul. 1917.)

"Causa asombro, exclama el protestante Lummis, el oír que en aquella Universidad se hiciera ya en 1579 (1578 Icaz) la autopsia de un cadáver para indagar la naturaleza de una epidemia que entonces asolaba a Nueva España. Es dudoso que en aquel tiempo se hubiese adelantado tanto en ese ramo aun en el mismo Londres." (Spa. p. 85. 24. 51) en Inglaterra, donde, según autor novísimo, fué William Hunter quien abrió la primera escuela de disección, pero sólo en 1747 (Ext. May 1917), 169 años después de México que tenía ya establecida su escuela de Medicina y los estudios de anatomía y de cirujía con disección, desde el 1661. (Ev. II. 479)

Así que gran sorpresa causó en los Estados Unidos la revelación que el profesor Bourne, autoridad indiscutible en materia de Historia americana, hizo en este pasaje atrás citado: "No hay exageración en afirmar que las instituciones educativas de México, respecto a su número, alcance de sus estudios, y grado de ilustración de sus profesores, superaban, aun en el siglo 16, a cuanto en ese ramo tuvo la América sajona hasta el siglo diecinueve."

El doctor Antonio Rubio, jesuita, graduado en la Universidad de México, allí escribió y enseñó su curso de Filosofía, impreso varias veces en Europa; y vió aprobada por el rey y declarada de texto en la Universidad de Alcalá, su *Lógica Mexicana*, así llamada por haberla escrito en México.

El insigne poeta dramático, Juan Ruiz de Alarcón, "por Corneille imitado, y por ningún mexicano superado en los cien años de Independencia," (Elg. 1922) "fué licenciado por la Universidad de México. Rico catalogo pudiera hacerse de los innumerables e ilustres hijos de la Universidad que subieron a las más altas dignidades en el orden civil y en el eclesiástico, tanto en su propio país como en España (Icaz.) y aun fuera de ella.

Las más sabias instituciones literarias y científicas de Francia colmaron de honores a sabios mexicanos. A la llegada de Bolonia de los jesuitas expatriados, dijo un sabio de aquella ciudad que con ellos se empezaba a saber lo que eran ciencias y literatura.

De la actividad literaria, fruto del método seguido en la Universidad mexicana, dan honroso testimonio las bibliografías, aunque asaz incompletas, de Equiara, Beristain, Nicolás de León, Icazbalceta y Canónigo Andrade si además se considera que las obras allí citadas se imprimieron, estando el papel muy escaso y su precio subidísimo, en un país cuya población no pasaba de cinco millones de habitantes, de los cuales sólo un 25 por ciento eran blancos, y los demás, indios y castas, cuya inmensa mayoría ignoraba el castellano.

En el siguiente siglo, año 1604, 83 años después de la Conquista, (Salado Alvarez. Pr. 27 mar. 1927) el obispo Balbuena, para Menéndez Pelayo, "el primer poeta americanista," en un poema suyo que ameritó lo distinguiera la Real Academia, cantaba La Grandeza Mexicana, "templo de la beldad, ama del gusto", en tanto que ahora, prestigiando Esquivel Obregón la llamada ignorancia frailluna de aquella "noche eterna de 400 (!) años de despotismo español," frase del palurdo garbancero, Alvaro Obregón, vuelve a decirnos: "Eguiara y Beristain, que consagraron sus energías con patriótico empeño a la obra que resultó superior a sus fuerzas, de formar el catálogo de los escritores de Nueva España, hoy vivirían inactivos y avergonzados ante la esterilidad de nuestra literatura." (Ob. p. 15-16)

Aun al principio del siglo diecinueve, decaídos ya los estudios por el destierro de esos maestros incomparables, los jesuitas, Humboldt escribía que la ciudad de México, como centro científico era la primera del nuevo mundo, sin exceptuar a los Estados Unidos. Citaba la Escuela de Minas, entonces dirigida por el sabio Elhuyar, el jardín botánico, la academia de pintura y escultura. Decía: "En la Academia de Pintura y Escultura, hay una colección de modelos en yeso más bella y completa que cualquiera de las de Alemania."

En comprobación de los progresos de Nueva España en el terreno científico, afirmaba que el *Manual de Orictognosia* de Andrés del Río, impreso en México, era la mejor obra mineralógica escrita en castellano; que en México se había publicado la primera versión española de los *Elementos de Química* de Lavoisier, y que los nombres de Velázquez de León, Gama y Alzate, distinguidos astrónomos y matemáticos del siglo XVIII, pudieran honrar a las más cultas naciones en tanto que Bartolomé Medina gozaba de merecida fama por su importante invento del nuevo método de beneficio, el de amalgamación por patio. "El campo americano no sólo abunda en oro y plata, escribía el sabio alemán Scherer, sino también en virtudes esclarecidas y en todas las ciencias."

Como sombra a tan hermosa pintura, cuyo resplandor aquélla pone en mayor relieve a la ignorancia liberalesca, allá va esta ristra de ineptias que Justo Sierra trenzaba y expendía a gui-

sa de Historia, a los alumnos de los planteles oficiales: "Nada quedaba que hacer a la Universidad en materia de adquisición científica. En aquella enorme jaula, magistrados y dignidades de la Iglesia regentaban cátedras donde explicaban densos problemas teológicos, canónicos y retóricos, resueltos ya sin revisión posible de los fallos por la autoridad de la Iglesia. Era una escuela verbalizante: era la palabra y siempre la palabra latina. En sus puertas hubiera debido inscribirse la exclamación del príncipe danés: palabras, palabras, palabras. El tiempo no corría para ella: estaba empaderada intelectualmente." (Lit. p. 32. 33)

Bien puede uno reírse de ese charlatanismo, afrenta de su fanático autor, por más que vista las ínfulas de ministro de Instrucción, cuando se acaba de leer el nobilísimo homenaje que a la célebre Universidad mexicana rindió Bourne, Humboldt, Icazbalceta, Lummis, "Una de las más grandes autoridades en la historia de América" (Ob. p. 280), y muchos otros sabios de fama internacional junto a los cuales el esponjado Justo Sierra y su hato de paquidermos admiradores resultan unos ridículos enanos con pujos de gigantes.

De aquel pedante que el portalira, Luis Urbina, nos quiere vender por "profundo historiador," (Lit. p. 209) es la mentira histórica de que las Tres Garantías por Iturbide proclamadas en Iguala habían sido Religión, Unión y República (!!); mentira que, estampada en libros de texto, se hace tragar por fuerza, con ventaja y alevosía, a los niños de las escuelas primarias, por completo ignorantes de la Historia, y por su edad incapacitados para todo examen crítico.

La Universidad, por el hecho de ser creación de aquellos frailes que "a México trajeron la superstición y la ignorancia," (Voz. 2 sept. 1892) dijo Díaz, tenía que atraerse las iras de todos los gobiernos liberales. Sólo en el lapso de 32 años fué clausurada cuatro veces, una de éstas (23 en. 1861) por el indio sublime, "llamado, chochea Rabasa, a romper con la tradición secular," (Org. p. 353) o sease con "la corriente impura de la tradición colonial y del fanatismo" (Rev. p. 220) canta su ministro vate, Guillermo Prieto. Esa obra salvaje de retroceso a la "barbarie precortesiana," (Pery) fué continuada por el inculto Guadalupe Victoria, que mandó borrar de los edificios, coches y otros muebles, los escudos de armas y demás signos recordativos del coloniaje (2 mayo 1826), no queriendo en su última enfermedad beber catalán ni confesarse con el cura de Perote, donde falleció (21 de marzo 1834), sólo porque ambos eran de España. (Pr. 12 junio 1927)

Tal retroceso de los liberales a su amada barbarie azteca, lo reafirmó muy orondo Juárez diciendo: "Heredamos la nacionalidad de los aztecas," (Sin. p. 138) y lo renovó otro enemigo de España, Venustiano Carranza, empeñado en cambiar en el Capitol, por los vulgares de Fco. Madero, José Pino y Jesús Carranza, los bellos nombres históricos de la avenida de San Francisco, calle Isabel la Católica y otras calles, a fin de "borrar, decía el palurdo, el último vestigio de la época colonial," ésto es "rasgar las páginas más bellas, más edificantes, más conmovedoras de la Historia antigua de México, que es sólo la Historia de las órdenes religiosas que lo evangelizaron y civilizaron." (Cue.)

A tal extremo llegó esa inquina contra "la época colonial" y su cristiana civilización, durante el gobierno del presidente ladrón, Manuel González, que la zopenca Legislatura de Guanajuato se divirtió en quitar a los pueblos y calles sus nombres de santos. "No más S. Pedro, Piedra Gorda, S. Felipe del Obraje, S. Felipe Torres Mochas, o S. Luis de la Paz. Habían de ser Pedro Piedra Gorda, Luis de la Paz, o Felipe del Obraje. A S. Felipe Torres Mochas tocábale tener, en acatamiento del gran estadista que regía aquella tierra, el nombre alto, sonoro y significativo de Ciu-

dad Manuel González. Los americanos son en esto más mirados. Adoptan las denominaciones que los pueblos han recibido, y con cuánto amor las cuidan y dejan subsistir, defendiéndolas de patrioterios zafios. La batalla por cambiar el nombre de S. Francisco de California es legendaria, y de nada valieron las pretensiones del mexicano renegado, General Vallejo, que quería trasladar el puerto a Benicia, y anular el de S. Francisco." (Salado Alvarez. Pr. 22 feb. 1927)

El mito de la nacionalidad azteca, invocado por Juárez y los de su pandilla, ya lo explotó de una vez para siempre el afamado americanista Adolfo Baudelier. Según él, los aztecas y demás aborígenes de México formaban un pueblo muy bárbaro, sin idea alguna de nacionalidad: cada una de sus aglomeraciones era casi autónoma: entre ellos no había ningún imperio, ningún emperador, ninguna organización política que en manera alguna se pareciera a una nación. (Hear. p. 2695)

"Entre los indios del Norte y los del Sur de América, dice Lumis, no había ni podía haber siquiera una nación. La vida de los indios es esencialmente de tribus... Los peruanos, que eran ciertamente más adelantados que cualesquiera otros indios de América, no constituían una nación, sino un conglomerado de tribus indias sujetas por el miedo a una tribu más fuerte." (Spa. p. 232-4) Por ignorar aquéllo, los liberales patarateros pusieron en el basamento de la estatua por ellos erigida en la Capital a Cuauhtemoc, esta ridícula inscripción: "A la memoria de Cuauhtemoc y de sus guerreros que combatieron heroicamente en defensa de la Patria."

#### XIV.—EL PROTESTANTE ANGLOAMERICANO CONDENANDO EL TRATO CRUEL QUE SUS ANTEPASADOS DIERON A LOS INDIGENAS.

El menguado panegirista del "indio sublime", Gustavo Baz, cuyo fanatismo le hizo dar a la Historia esta brutal cachetada: "Al considerar el estado a que los conquistadores redujeron a la raza indígena, se llega a dudar si era más humanitaria la destrucción física que de ella hicieron los conquistadores ingleses" debería ruborizarse de su incultura, al ver cómo los hijos de los conquistadores ingleses reprueban y denuncian el proceder de sus antepasados, respecto al trato inhumano que infligieron a los aborígenes.

En toda la Historia de los Estados Unidos no hay, por confesión de los propios norteamericanos, página más negra que aquélla en que se relata la conquista de los indígenas, the White Conquest. (Sm. p. 272)

"La conducta de nuestra nación respecto a los indios, sentenció un ministro protestante, (Rev. H. W. Beecher. N. Y. Evening Express, Jan 5. 1861) ha sido vergonzosa. Contra ellos se han cometido todos los crímenes imaginables: persecución cruel y sin tregua, despojo de sus tierras y violación de tratados," aun por el mismo Congreso, valido para el caso de una suplantación de firmas. (Sm. p. 321. 375)

¡Cuán cierto no será aquéllo para que todo un Presidente de los Estados Unidos, mister Taft, haya tenido la nobleza de escribir (10 Sept. 1912) a un rabioso detractor de las escuelas católicas: "Nosotros, los anglosajones, hemos perseguido, despojado y matado a los indios como animales."

En su informe del año 1856, decía un Secretario del Interior de aquella República: "Nuestra conducta respecto a la destrucción de un pueblo que la Providencia había puesto bajo nuestra protección, es indigna de nuestra civilización, ultraja todo sentimiento de hu-

manidad," (Sm. p. 320) y en tal grado que una autora americana pudo escribir en contra de aquella política salvaje e inhumana de su gobierno respecto a los indios, una requisitoria vibrante de indignación, cual lo indica éste su título: Cien años de Dishonra, *A Century of Dishonor*, by Helen Hunt Jackson, (Boston, 1909)

"Se necesitaría, dice ella, todo un libro para relatar la injusticia, brutalidad y asesinatos que en las solas costas del Pacífico se cometieron en los 30 últimos años, y cuyos pormenores son demasiado horribles para creídos." (p. 337)

Viendo los americanos que la introducción del whiskey entre los indios, y el ofrecimiento de un premio de \$20 por cada pericráneo de éstos eran medios demasiado lentos para exterminar aquellas razas, valiéronse de otros más violentos y repugnantes. Se ejercitaron al tiro, sirviéndoles de blanco los indios; revolviéron arsénico con la harina y el azúcar que les vendían; envenenaron con estricnina todos los manantiales de agua potable y regaláronles ropa atacada de infección, como la vez que les dieron, en la costa del pacífico, el vestido de un hombre muerto de viruelas, cuya terrible enfermedad acabó con un campamento de varios centenares de indios, quedando sólo una docena de infelices para llorar los estragos causados por la crueldad luciferina de los americanos.

Si a ese cuadro de horrores se agrega la mortandad originada de la podredumbre de la vida barragana de los blancos, introductores de dolencias vergonzosas, fácilmente se comprenderá cómo pudo el número de los indios de California, bajar en sólo diez años de civilización americana, de 100,000 a 30,000 almas. (Sm. p. 272-3)

Sin negar que en la América española se hayan cometido injusticias contra los aborígenes, injusticias que los mismos españoles, Las Casas sobre todo exageraron, desacreditándose a sí mismos dice Quintana, fervoroso apologista de Las Casas, justo es asentar, con Menéndez Pelayo, gloria de España, que aquellos desmanes fueron condenados y castigados por la Corona siempre bondadosa y paternal respecto a los indígenas, y siempre severa con los que los ofendían, "más se pecaba por severidad que por indulgencia" (Icaz.), a la par que las injusticias cometidas en las colonias inglesas fueron aplaudidas y ordenadas respectivamente por sus ministros evangélicos y sus gobernantes, tanto durante el coloniaje como después de su independencia. ¿Quién no recuerda cómo los puritanos ingleses, al desembarcar en el Nuevo Mundo, "cayeron primero sobre sus rodillas para dar gracias a Dios por haberles dado tierras tan ricas, y después sobre los indios para exterminarlos y despojarlos de sus tierras?"

Un órgano de Carranza, publicado en Estados Unidos (*The Mexican Review*), pretendía negar lo anterior, al denostar la crueldad española y ensalzar la humanidad anglosajona en su trato paternal con las razas nativas, cuando una revista científica americana muy pronto le bajó los humos, exhibiéndole en estas líneas su crasa ignorancia y mala fe de sectario irredento: "Los puritanos cazaban y asesinaban a los pobres indios como si hubieran sido perros; los mataban hasta en las iglesias donde hincados éstos estaban pidiendo a Dios por sus perseguidores. Bien quisieran los ministros protestantes ocultarnos que en los Estados de Virginia, Ohio, Pennsylvania, North Carolina, New Jersey y Nueva York, los puritanos, que eran entonces las autoridades, cazaban a los indios como a lobos; que en el Estado de Pennsylvania ofrecían por el pericráneo y cabellera de cada indio muerto de más de 10 años, una propina de \$134; por cada mujer o varón de menos de diez años capturado, \$130; por cada pericráneo y cabellera de mujer de más de diez años, muerta, \$50. Habiendo sido asesinados multitud de hombres, mujeres y niños indígenas, un ministro protestante dió

desde el púlpito rendidas gracias a Dios de que la milicia hubiera despachado al infierno 600 almas paganas." (*The American Journal of Sociology*. vol. 22. n. 2. p. 262)

"Para los ministros protestantes, añade un connotado historiador americano, los indios no eran después de todo unos extraviados hijos de Israel, sino, al contrario, cual se los afeaba en las prédicas, unos filisteos, paganos, tizones del infierno, hijos de Belial y demonios que en justicia era imperativo barrer de la faz de este mundo." (Fiske. *Beginnings of N. England*. 1898. p. 257. 265)

Eso que decían los conquistadores angloamericanos y sus ministros protestantes, lo repetía y lo perpetuaba incrustándolo en su legislación la misma autoridad civil: "Desde el siglo XVII, narra Bancroft, la desaparición de los indios parece haber sido una política tan fija, que en algunas partes del país, notablemente en Virginia, la ley prohibía hacer la paz con ellos." (*Hist.* I. 204)

Consumada la independencia de aquellas colonias, siguió aplicándose con mayor tenacidad y refinamiento de salvajismo ese diabólico sistema que la protestante Inglaterra excogitó para exterminar las razas nativas.

Entre tantas confesiones de parte, basten las aquí reproducidas. Un magazine americano, fanático de odio anticlerical (*Harper's Monthly*. 1861. p. 307 y sig.), nos revela en estos términos, cómo su gobierno civilizó a los indios de California.

"En el norte de aquel Estado los colonos enganchaban a los indios para que trabajasen sus tierras por un sueldo determinado. Si jamás hubo en California un indio a quien su amo haya pagado íntegra y honradamente ese sueldo, confieso que nunca tuve la suerte de oírlo decir.

"Durante la labranza, los indios eran alimentados con alubias, dándoseles a cada uno de ellos una camisa o un cobertor, con lo cual, llegado el tiempo de la recolección, su enganche se consideraba saldado. En seguida se los lanzaba a los bosques para que allí, con sus familias, se mantuviesen como pudieran durante el invierno. Naturalmente, el frío y el hambre tenían que matar buen número de indios ancianos y decrepitos, mientras que algunos de los que se libertaban de perecer, eran asesinados tan sólo por creerse que no podían haber subsistido sin robarse alguna res.

"En el invierno de 1858 y 59, más de 150 indios pacíficos de Nome Cult, incluso niños y mujeres, fueron degollados por los blancos, so pretexto de que les habían sacrificado sus reses. Averiguada esa acusación por los oficiales del ejército, resultó enteramente falsa; pero bien que sirvió para que unas partidas de blancos perfectamente armados invadiesen las rancherías de los indios, cuando éstos, del todo inocentes nada sospechaban, y los sacrificasen sin distinción de edad ni de sexo, balaceando a las mujeres con sus infantes prendidos a sus pechos y matando o balando a niños que andaban huyendo. Después de tan descomunal hazaña, llamaron en su auxilio a la milicia del Estado, la que, días, semanas y meses enteros, estuvo matando en las lomas del Nome Cult, a todos los indios demasiado extenuados para huir, y lo peor de todo, matándolos por encargo del gobierno. Dijo éste que era preciso proteger a los colonos. ¿Protegerlos contra quién? Contra unas mujercitas y unos niños; pues, los hombres eran demasiado idiotas o demasiado abyectos para haber peleado."

Al corroborar un oficial americano la veracidad de lo referido respecto a esas salvajadas, decía a su gobierno, que después de matar los blancos a los indígenas donde quiera los alcanzaban, les robaban sus niños para venderlos como esclavos. (Agent Henson. *Report of the Commissioner of Ind. Affairs*. 1861)

Respecto a California, ésta es la causa principal del exterminio de tantos indios como allí había en tiempo de los misioneros. En 1913, después de 66 años de gobierno americano, los in-

dios de todo aquel Estado, cristianos y no cristianos, sumaban 16,513 solamente, cuando 80 años antes, en 1832, los Padres franciscanos daban albergue en sus misiones a unos 16.951 indios católicos, sin contar a los muchos salvajes que vagaban por montes y llanuras en pleno gozo de su libertad selvática. (*Eng.* IV. 657)

Aplicóse paulatinamente, pero con toda eficacia, esa "política fija", que dijo Bancroft, consistente en deshacerse a todo trance de las razas nativas. A mediados de la centuria pasada, la proclamaba en estas palabras uno de los agentes más humanos del gobierno americano, Capitán Mullan: "Los indios tienen que desaparecer ante la cercanía del blanco. La única dificultad consiste en saber la manera de realizarlo con el minimum de sufrimiento para aquellos y el minimum de gastos para nosotros." (*Sm.* p. 315)

Más brutal sin comparación era el General Sherman, al recomendar en 1866 se hiciera con los indios una verdadera carnicería. "Debemos, decía, perseguir a los indios (*Sioux*), hombres, mujeres y niños hasta su completo exterminio. Ningún otro método puede solucionar esa cuestión." (*Indian Views.*)

Ese método no era ninguna invención de aquel general. Dos años antes, otro general, el cruel y cínico Carleton escribía a uno de sus oficiales: "Haga usted la guerra hasta nueva orden a los mescaleros y demás indios que se hallan en el territorio de éstos. Caso de que pidan paz, dígales usted que no tiene facultad para firmarla, sino orden de matar a cuantos de ellos encuentre." (*Oct.* 12. 1862)

Y así se ejecutó, en medio de circunstancias que deberían sacar los colores a todo individuo de raza blanca. En noviembre de 1864, 600 indios pacíficos (*cheyennes*) que se habían negado a unirse a las demás tribus entonces en guerra con los americanos, se refugiaron cerca del fuerte Lyon, pidiendo protección al gobierno. Un ex-ministro protestante, el Coronel Chivington, siguiendo a la letra las instrucciones arriba indicadas, no hizo caso de las protestas de amistad de aquellos indios: los pasó a todos a cuchillo y cometió con ellos, además, unos ultrajes demasiado repugnantes para referidos. Una de las proezas de un teniente suyo consistió en degollar personalmente a tres mujeres inermes y cinco niños a quienes tuvo el gusto de arrancarles el pericráneo. (*Sm.* p. 340. 339)

Máxima de los conquistadores anglosajones era, que aun a la fecha siguen sus pósteros, *the best indian is the dead indian*. Decía uno de éstos, habitante de Australia: "Cuando veo a un australiano maduro, lo mato; porque es un asesino; si es niño, porque será asesino; y si es mujer, porque es o será esposa o madre de asesinos." (*J. López Portillo Elg.* 1921. p. 585)

Leído lo anterior, ¿a quién extrañará que el grande y célebre misionero, Padre de Smet, cuando preguntado por un sacerdote que después llamaron el arzobispo Ryan, cómo había podido vivir tanto tiempo entre los indios, esos terribles salvajes, haya exclamado diciendo: "¡Salvajes! No sabe usted lo que está diciendo; porque no conoce usted a esas sencillas y buenas gentes. De mí sé decir que en las grandes metrópolis de Europa y de América, he encontrado muchos más salvajes que en los desiertos y llanuras del Oeste." (*Sm.* p. 377 *O.S.V.* 13 jul. 1924)